

ble, y no a una distinción de calidad. Resulta una mera casualidad que la letra P de los membretes corresponda también a un sustantivo común no tan común («presidente»), utilizado al encabezar y al firmar las cartas.

*PI-A* habita una estancia subterránea y pasea en solitario por un patio cerrado durante una hora al día. Sospecha, sin embargo, que alguien lo observa. *PI* es poco menos que ubicuo, se desplaza por aire, agua y tierra, aunque no es un dios; trata todos los temas y dispone y reglamenta los más variados asuntos, aunque no es un dios. No lo necesita, pero hace todo lo posible para que todos lo miren y escuchen. *PI-A* ha estado recibiendo extrañas visitas en la soledad de su recinto. No se sabe si algún triste subalterno se atreverá a declarar su identidad un día; por ahora, para el espectador masificado es un brazo y una mano que manipulan papeles. Un día, se desconoce en qué circunstancias y obedeciendo a qué motivaciones físicas y mentales, el solitario escribe una carta al sonriente, acaso con la secreta intención de apoderarse de parte de su popularidad, total *PI* la tiene toda y a él lo han olvidado en ese hueco. Para algunos sujetos accidentalmente distanciados de la masa resulta difícil atribuir a un gesto de desprendimiento la insólita actitud de *PI* de dejar que *PI-A* comparta algo de su fama en una reunión mundial. ¿Por qué no haberle regalado un retacito de la nacional no más? El hecho es que su epístola, allí presentada, ha empapelado el globo terráqueo.

La carta había sido fechada un 15 de septiembre y *PI* la abrigó y sopesó sus palabras, y al cabo de quince días la llevó consigo de viaje guarecida en el forro de la manga. *PI-A* aguardaba la respuesta, esperaba que el destinatario fuera sensible a las palabras «conversación» y «paz», no sabía que éste se había marchado en busca de escenarios más grandiosos donde pronunciar largamente un categórico *no* que, en estos tiempos plebiscitarios, suena muy extraño en labios de este personaje. Pero no importa, habrá pensado, si las dimensiones de su fuerza se ven agigantadas ante el debilitamiento de su antiguo enemigo.

Tres semanas después de haber escrito la primera, *PI-A*, entusiasmado ante la novedad de poder usar lápiz y papel, insiste con la segunda misiva. Es de suponer que el agente 002 no ha sido tan diligente en transmitirle la respuesta, o tal vez el solitario no soporta ya dejar

el vicio de la escritura y puesto que otro destinatario le está vedado haya resuelto decirle a Pedro lo que quiere que sepa Juan. Tal vez, entonces, importe poco la respuesta. Además, quien escribe en algún momento descubre artificios para velar el sentido y ese juego siempre resulta irresistible. Por otro lado, el sonriente no muestra mayor inclinación por la escritura que la de sus con-sabidas notas taquigráficas dirigidas a sí mismo.

La carta del 6 de octubre endulza el ego de *PI* y desafía la capacidad de lectura de éste y su agente. Esta vez, un registro visual certifica la ceremonia de la escritura, el rito de ordenar y coger el bloque de papeles con una unción parecida al girar de la taza entre las manos en una ceremonia del té. Como en la anterior, *PI-A* no ha renunciado a usar el nombre de batalla con el que era conocido en su abyecta vida anterior; las consideraciones jerárquicas entre uno y otro no parecen resueltas, o tal vez no convenga hacerlo en estos momentos.

Ya a estas alturas no extraña que el solitario, dadas sus circunstancias, pida conversar ni tampoco que en recuerdo de antiguas contiendas se comporte como un general que capitula. Lo que sin duda raya lo fantástico es su reconocimiento espontáneo de que la nueva historia tiene como fecha de nacimiento el 5 de abril del 92 y su bendición del liderazgo de *PI*, el cual ha permitido que él y su mujer hayan encontrado por fin un domicilio más seguro, que se construya el nuevo edificio estatal en el mismo terreno donde fue demolido el anterior y que, aunque pobretones, seamos aceptados en el exclusivo club FMI. Ahora no cabe duda de que *PI-A* está seriamente comprometido en la trama de una novela y que *PI*, si bien ignora los vericuetos de este oficio y no entiende los mecanismos de un relato epistolar, aprovecha en poner su mejor y más visible perfil para encarnar al héroe posmoderno de exportación. Aunque, a juzgar por algunas señales, tal vez esté pensando en jugar también él el doble papel de personaje y narrador, aun a riesgo de acabar enredado en el hilo del cual tira. ¿Por qué si no habrá comentado a los chismosos que sólo da a conocer aquellas cartas que le convienen y las otras se las guarda? ¿Y que la que *PI-A* debe escribir aún no ha sido escrita? ¿Por qué, si él no pretende convertirse en el tenebroso y omnisciente dios de esta narración? ¿Nueva historia y nueva literatura?

Ha llamado la atención de los marginales de la masa el descuido de algunos detalles en el libreto, pues éste no guarda la debida relación con la novela difundida el año pasado, del género policial aquélla, en que los mismos sujetos eran los protagonistas. ¡Qué falta de seriedad la de los libretistas! Llegaremos a la fecha de esa gran celebración prometida, llamada referéndum, y la masa, sin haber asimilado los nuevos códigos, se perderá el sentido final de la novela que dejarán de emitir justo la víspera. En algunos rasgos físicos y de comportamiento de los personajes se advierten ciertos cambios. *PI-A*, por ejemplo, llevaba barba y estaba más gordo, pero, sobre todo, había hecho su aparición en público, después de muchos años de misterio en torno a su existencia, luciendo un atrevido traje pautado que muy pronto tuvo seguidores. Ahora, sin barba y más enjuto, viste ropas más tradicionales y modosas, incluida la chaqueta color caqui *demodé* que su mujer le copia fielmente. En cuanto a *PI* no son notorias las variaciones físicas, pero sí las que atañen a algunos aspectos de su conducta. Haciendo equilibrio en el ángulo agudo de su irónica sonrisa y arropada en sus trajes cruzados y sus chaquetas de cuero se halla una actitud más afable hacia su antes odiado objeto de terror (perdón, debí decir pánico), hasta su voz ha perdido el tono áspero del año pasado, evita cuidadosamente los calificativos altisonantes y lo llama por su nombre, como a un nuevo y caro amigo. Muestra también ahora una vocación definida en el campo de las carreras de relacionista público y presentador de televisión, que pone en práctica en sus múltiples correrías por los medios de comunicación para referir las anécdotas de su nueva amistad.

Es de ver y no creer. *PI* parece haberse curado de antiguos malos pensamientos, como el de desearle la muerte,

y en prueba de arrepentimiento contrata fotógrafos para que plasmen las imágenes de aire solemne a las que es tan afecto, le regala primeras páginas de diarios y revistas, y permite que su nombre y figura se codeen con los suyos. Ha obrado incluso el milagro de encontrar a los parientes que *PI-A* tenía en Puno, a los cuales ha traído de visita hasta el lejano recinto al borde del mar donde los cuatro, superando los estragos del sorche de bajada, han querido homenajear a su muy amado anfitrión y padre putativo realizando, no sin notable esfuerzo, una muestra de aquello que tanto apasiona a *PI-A*: escribir una carta a *PI*. La idea es festejada estruendosamente por el agente 002, quien decide de inmediato que en ese lugar se haga el retrato de familia que deberá ilustrar el final feliz de la historia.

P.D. La inconclusión aparente de la historia y la desviación de su línea original tienen que ver con los ruidos en la comunicación detectados en un principio, pero también con la indefinición de la entidad narrativa que ha alcanzado el nivel de conflicto. Es cuestión de autoridad y de ejercerla, después de todo. *PI-A* sigue esperando respuesta y conversaciones. *PI* quiere recibir la única carta que el otro no escribe. En estas circunstancias el embrollo narrativo es insalvable. Este ensayo de reflotamiento del género epistolar ha culminado, pues, en el fracaso. Además, *PI*, imantado por otro argumento, otro género y otra coyuntura (lo que no es poco) ha plantado ya tres hitos para la estructura de la nueva historia. Pero ese es otro cuento.

**Ana María Gazzolo**



# LECTURAS